Maldita la hora

Ambrouse Blair

Maldita la hora

Ambrouse Blair

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2024
© Ambrouse Blair, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-18-5
IBIC: FP
DEPOSITO LEGAL: M-26164-2024

EL PLAN

Maldita la hora en que se me ocurrió abrir la boca. Con lo bien que estaba yo como estaba, sin problemas ni desconfianzas. Y ahora mírame, no me respeto ni yo.

Tendría que haberlo visto venir: sencillamente, le encanta. Ya la primera vez que estuve con ella me sorprendió el ahínco con el que se entregaba a su pasión, aunque yo, entonces, ni me imaginaba que esa era su pasión.

Durante nuestros años de matrimonio nos ha gustado siempre, a los dos, darnos todo el placer posible de cualquier manera que se nos ocurriese. Hemos pasado por todo tipo de fases, desde el sexo en lugares públicos, con el miedo a ser sorprendidos, hasta el sado, con nuestras limitaciones; a ninguno nos gusta realmente el dolor, a ella un poco sí, pero tampoco demasiado. Tenemos todo tipo de juguetes a los que sacamos todo el partido que podemos. Nuestra vida sexual, en comparación con lo que veo a mi alrededor, es una bicoca. Nunca hemos dejado de follar, ni enfadados ni en las cuarentenas de nuestros dos hijos, nunca nos

hemos podido resistir el uno al otro. Maldita la hora en que se me ocurrió abrir la boca.

Yo, a pesar de no tener nada que echar en falta, fantaseo, como todo el mundo. Y siempre fantaseo con lo mismo. Me ha encantado siempre la posibilidad de verme en un trío, entre dos mujeres que sientan entre sí el mismo deseo que siento yo por ellas, y que nos revolquemos los tres como animales.

Maldita la hora en que, un día, después de haber estado follando y de que yo me corriera con el coño de mi mujer en la cara, se me ocurrió comentar lo mucho que me gustaría disfrutar de otro coño en nuestros encuentros. Lo dije así, sin más, sin poner cara, ni cuerpo, ni personalidad, ni nombre; solo eso, un coño.

Clara, mi mujer, que así se llama y a la que podría pasar horas describiendo, es preciosa, divertida y muchísimas cosas más, todas buenas. Clara, como decía, ya me había contado que de joven había tenido un tonteo con una amiga, que duró unas semanas, pero que no era lo suyo. Lo había disfrutado, pero le faltaba algo, decía.

El resto de su vida sexual, por lo que me llegó a contar, no albergaba grandes aventuras, varios novios, algún escarceo de una noche, nada especial. Su culo me llegó intacto. Como digo, no había recorrido mucho camino cuando nos conocimos en la universidad. Yo tampoco, la verdad, pero algo había andado. Ya sabía que a las chicas les atraía mi pene más de lo que les gusta reconocer. Estoy muy bien dotado. A veces,

había sido un problema, pues no todas las chicas de mi juventud se vieron capaces de enfrentarse a mi miembro. Me produjo mucha inseguridad y vergüenza, hasta que empecé a darme cuenta de cómo a algunas de las chicas se les abrían los ojos de un modo especial cuando la sacaba del calzoncillo. Una vez fui consciente del regalo que me había dado la naturaleza, me lancé al mundo con ganas de follarme a todo lo que se moviese con mi polla de gigante. Hice lo que pude hasta que conocí a Clara. Desde nuestra primera vez, en que follamos como posesos, supe que jamás podría separarme de ella.

Cuando hice ese comentario, sin pensar, no tenía intención de ahondar en el asunto, pero Clara no pasó por alto mi deseo y quiso torturarme con ello.

—¿Ya no te basta con el mío? —preguntó con sorna—. ¿Y cuántos coños quiere el señorito? —siguió—. ¿Los quieres rubios, morenos, depilados, con *piercing?* ¿Cómo los quieres? Dime, ¿cómo es ese coño que te quieres comer?

—No, mujer —traté de disculparme—. Si lo digo ya por vicio, no porque quiera. No me digas que tú no piensas a veces en que estás con más gente y te dejas llevar.

—Claro, hombre, pero no voy pidiendo otra polla cuando me acabo de correr —replicó ella.

—Tienes razón, perdona —me disculpé—. Solo ha sido un pensamiento loco.

—No te disculpes. Está bien que tengas fantasías, me pone.

—¿Sí? Pues buscamos a una chica que nos guste a los dos, si lo ves tan claro. Yo encantado —dije bromeando.

—Bueno, todo se puede plantear —me dijo—, pero no será ahora. Tú ahora lo que vas a hacer, cabrón egoísta, es comerte el que tienes delante, que me has dejado a medias, y ya hablaremos, si te esmeras, de eso de los coñitos. Ahora cómeme —ordenó, cogiéndome del pelo y acercando su vagina a mi boca.

Me esmeré. Joder si me esmeré. Con las manos de Clara tirándome del pelo con fuerza, su cadera bamboleándose para conseguir restregarse por mi boca y con la idea de un trío rondándome la cabeza volví a empalmarme. Esto no me suele ocurrir así, tan seguido, normalmente necesito más tiempo para recuperarme, pero me había puesto como una moto con la charla.

Cuando terminó, en mi cara, cosa que me encanta y lo sabe, se dio la vuelta y vio cómo me masturbaba.

—¡Guarro! —me dijo, y se quedó mirando cómo lo hacía. Le encanta ver cómo me masturbo. Yo lo odio, quiero lo que sea con ella menos masturbarme, pero a ella le encanta, no sé por qué, y me vuelve loco verla masturbarse mientras me mira. Lo odio, pero me encanta.

Así empezó la cosa, de un modo casi inocente. Dejamos el tema y no volvimos a hablar de ello por un tiempo. Pero, como decía, Clara no tenía intención de

dejar pasar la oportunidad y al cabo de un par de semanas vino a hablarme del asunto de nuevo. Me contó, entre risas, que había ido al teatro a buscar a una amiga que trabaja en una función *amateur*, para tomar un café con ella, y que se les había sumado una compañera de reparto.

Lo primero que le dijo Elisa, su amiga, cuando Carmen, la compañera de reparto, se fue a buscar sus cosas para marchar con ellas, fue: «Ya está otra vez la ninfómana esta tratando de llevarse alguien al catre. Creo que le has gustado».

—¿Te puedes creer que me tiraba los tejos descaradamente delante de Elisa? Yo pasé vergüenza, te lo juro —me contaba Clara—. No dejaba de mirarme de arriba abajo todo el rato, no se cortó ni un pelo. Todavía no nos habían servido el café y ya me estaba diciendo lo que me haría si yo me dejase. ¡Qué barbaridad! Intenté hacerme la sueca, pero fue inútil, estaba empeñada en ligar conmigo. Le dije que estaba felizmente casada, pero eso solo pareció animarla más. Me preguntó por ti, que cómo eras, si eras celoso, qué cosas te gustaban en la cama… Así, sin más, como quien habla del tiempo. Me ruboricé, te lo juro. Al final, Elisa se cansó del flirteo y le pidió que me dejase tranquila. Así lo hizo, y seguimos hablando de otras cosas. Antes de despedirnos, volvió a insistir en lo mucho que le había gustado y deslizó un papelito en mi mano. «Llámame cuando quieras», me dijo.

Clara sacó un pequeño papel arrugado del bolso y me lo mostró. En él había un nombre, Carmen, y un número de teléfono.

Hablamos un rato del asunto, de que me parecía normal teniendo en cuenta lo atractiva que es y de que a ella, en el fondo, le había excitado muchísimo el descaro con el que le miraba cada curva del cuerpo.

Pedí a Clara que me la describiese. Ya me estaba poniendo cachondo yo también y ni siquiera me hacía una idea de cómo podía ser la chica en cuestión.

—Pues mira —me dijo—, está un poco rellenita, pero no gorda, ni mucho menos. Tiene unas pestañas larguísimas, preciosas, y una sonrisa encantadora. Además, es muy divertida y descarada. No sé si será tu tipo, pero a mí me gustó.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, aunque ya me lo imaginaba.

—Pues no sé —comenzó a explicarse—, desde lo que me dijiste el otro día acerca de que te gustaría meter a alguien en nuestra cama…

—Alto, alto —me apresuré a interrumpirla—. Yo no dije eso, solo soñaba en alto. No quisiera que algo así estropease lo nuestro.

—Cállate —me ordenó sonriendo y ruborizándose un poco—. ¿Ahora que me has metido la idea en la cabeza te quieres echar atrás? Llevo dos semanas pensando en cómo hacerlo. No creas que es fácil para mí sentirme a gusto con cualquier persona, y la verdad es que Carmen me cae bien y está demasiado loca como

para que tú te enamores de ella —rio—. Ella no me da miedo, porque pensando en todo esto del trío lo que peor llevo es que te puedas enamorar de otra y me dejes.

—Yo jamás te dejaré —dije en primer lugar—. Y si es por mí, lo dejamos. No tengo necesidad de nada de esto si te hace sentir insegura.

—Qué va, si ya te digo que está demasiado loca, tú no podrías estar con alguien así. Pero estoy segura de que te va a gustar, es guapísima, y bastante joven.

—¿Y a ti te gusta? —pregunté.

—Sí, no sé. Antes ni se me hubiese ocurrido mirarla con ojos de… Bueno, tú sabes. Pero ahora… tal vez, no sé. ¿A ti te gustaría?

—A mí lo que me gusta es verte disfrutar, ya lo sabes —dije sin demasiado entusiasmo, porque los dos sabíamos que el capricho era mío—. Y si la idea fuera que solo yo disfrutase, no iba a funcionar.

—Ya te digo que la chica me ha gustado —continuó—. Y me excita la idea de verte excitado. Hace mucho que no hacemos nada especial. Nos merecemos un poco de diversión. ¿Quieres verla? La he encontrado en Facebook, tiene un millón de selfis. Como buena actriz, se gusta y quiere gustar, ya verás.

Fue corriendo a buscar el portátil sin tan siquiera esperar a mi respuesta. En un minuto ya estábamos viendo a Carmen en la playa, en Roma, en su casa, con los amigos, con un famoso que se encontró por la calle. Allí estaba la criatura, posando en todas partes. La

verdad es que era muy guapa y siempre salía sonriendo. Tenía una sonrisa encantadora, se le achinaban los ojos y sus enormes y carnosos labios eclipsaban todas las escenas. Era ciertamente bella y, sí, tenía pinta de estar bastante loca. No era mi tipo para nada, pero la encontraba arrebatadora. Su cuerpo no era como el de mi mujer, fino y espigado, era de caderas anchas y con mucho pecho, morena, 1,65 de estatura más o menos. Otro tipo de belleza. Una auténtica preciosidad.

—Es guapísima. ¿Pero a ti te gusta? —volví a preguntar.

—Bueno, ya sabes que las mujeres no son lo mío, pero la encuentro excitante. Tan descarada y calentorra —me contestó—. Desde que la conocí no dejo de imaginármela disfrutando entre mis piernas, que me dejó muy claro lo mucho que le gustaría perderse entre ellas. También te imagino a ti viéndome con ella y me pongo como una moto.

A medida que la conversación transcurría, yo me iba poniendo cada vez más y más caliente. Ahora era yo quien se la imaginaba disfrutando entre las piernas de mi mujer, conmigo entre las suyas, besando y lamiendo sus labios vaginales, a los que ya había dado forma en mi mente, y eran lo más hermoso y sabroso del mundo.

—¿Quieres que la llamemos para conocerla? —preguntó sin darle mucha importancia—. Solo para conocerla —siguió—, sin compromiso, y vemos lo que pasa.

En este punto reconozco que me entró el pánico. Todo era tan repentino que no sabía cómo tomármelo.

—Sí, no sé —dije asustado.

—Venga, si nos ponemos los dos a hacernos los estrechos con el «sí, no sé», no vamos a ninguna parte —atajó sin dudar—. La llamamos y vemos lo que pasa, que no estamos obligados a nada. Me tienes harta ya con tanta duda. ¿No decías tú que querías otro coño? Pues si te animas, lo vas a tener. Y, por cierto, ahora mismo estoy empapada.

Y dejando repentinamente la conversación, comenzó a desabrocharme el cinturón. Ya no mediamos palabra, nos entregamos el uno al otro con una pasión desbordada. Hacía mucho que no follábamos así. En la mente de Clara, Carmen ya estaba con nosotros, lamiendo cada centímetro de su cuerpo mientras follábamos. Yo también tenía a aquella hermosa hembra en mi mente mientras disfrutaba del cuerpo de mi mujer con todos mis sentidos.

Al final, después de hacer el amor, Clara no se atrevió a llamarla, le pudo la vergüenza, pero contactó con ella por Facebook. Carmen no tardó ni medio minuto en contestar. Debía de estar conectada cuando Clara envió su saludo frío: «Hola, ¿cómo estás? Soy Clara, la amiga de Elisa».

«Hola, bombón», fue su primera intervención. «Ya pensaba que no me contactarías nunca. Me alegro de saber de ti. ¿Qué haces?».

Clara y yo nos quedamos helados, no esperábamos que fuese a ir todo tan rápido. Nos miramos asustados y nos preguntamos qué hacer.

—Dile que estás con tu marido, a ver qué dice —sugerí a Clara.

—No, espera —me dijo—. Vamos a ver por dónde respira.

«Nada, aquí, perdiendo el tiempo con las redes sociales. ¿Qué haces tú?», escribió rápidamente. «Lo mismo, buscándote en Facebook, que desde que te conocí no pienso más que en follarte», contestó ella.

—¿Ves lo que te digo? No se corta ni un pelo la tía —me dijo Clara—. Tiene una cara que se la pisa.

Carmen volvió a escribir: «¿Estás sola?».

—¡Joder! —exclamé—. Pues sí que lo tiene claro. Dile que estás conmigo, pero que no sé nada.

«No», respondió Clara por escrito, «estoy con mi marido. Está viendo la televisión». «Ya lo he visto en tu Facebook. Está bien bueno, ¿eh? Eres una chica con suerte». Me entró un orgullo de lo más gilipollas y le sugerí a Clara que le dijese que tengo un buen rabo.

—¿Cómo le voy a decir eso? —me replicó.

—¿Y por qué no? Si va a saco —la animé—. Seguro que te suelta alguna barbaridad.

—Venga, a tomar por culo, tienes razón. Vamos a ponerla a mil.

«Sí, sí que es guapo, y muy buen tío. La verdad es que no me puedo quejar. Además, tiene un pollón. ¿Qué más se puede pedir?», escribió Clara. Y de

inmediato Carmen contestó: «¡Ay, zorra! Normal que pasases de mí el otro día. Pero lo que no sabes es todo lo que yo puedo hacer, mi amor. ¿Has estado alguna vez con una mujer? Te aseguro que ningún hombre podrá hacerte sentir lo que yo puedo».

—Venga, síguele el juego —dije animado y cachondo.

Tardamos un rato en pensar lo que debíamos escribir para mantenerla ilusionada sin desvelar que yo estaba con ellas.

«Sí, sí he estado antes con una mujer», contestamos. Bueno, contestó, que de momento se suponía que yo era ajeno a la conversación. «Fue hace mucho», prosiguió Clara, «yo era mucho más joven y no sabía muy bien cómo actuar, y ella tampoco, pero estuvo bien. A veces me acuerdo y me pongo un poco golosa».

«Yo sí que me estoy poniendo golosa», contestó rápidamente. «Quiero verte», dijo así, sin más.

Aquí volvimos a dudar sobre cuál sería el mejor paso a dar. Decidimos mantener el asunto en un plano exclusivamente lésbico y con tintes de culpabilidad. «Qué directa eres. Yo no sería capaz de engañar a mi marido», escribimos.

«No me niegues que te gustaría, lo vi en tus ojos», replicó al instante. «Tú ves lo que quieres ver», respondimos. «Yo lo que quiero es verte a ti, me da igual tu marido. Él no se tiene por qué enterar. Esto es entre nosotras», volvió a escribir a la velocidad del rayo.

«¡Calla, loca! ¿Cómo le voy a hacer eso al pobre? Con lo bueno que es, no estaría bien», escribimos enseguida. «¡Llámame!», dijo de pronto. «Quiero oír tu voz. Me estoy poniendo mala solo de pensar en nosotras dos juntas».

«No puedo», mintió Clara, «mi marido está a mi lado, si se enterase… Ay, qué nervios, por Dios, déjalo». «Estás cachonda, lo noto. Te gusto, ¿a que sí? Dímelo. Quiero oírlo. Vete a otra habitación y llámame», insistió.

Volvimos a sopesar la situación. Yo me moría de ganas de que la llamase, quería oír su voz excitada. Ya estaba fuera de mí. Otra vigorosa erección empujaba el pantalón de mi pijama, ya no podía más. Llevé a Clara a la mesa del salón, pusimos el portátil en el extremo opuesto para que ella pudiese seguir la conversación mientras yo enterraba mi cara entre sus nalgas. Clara se dejó hacer, estaba realmente excitada, chorreante. Allí, apoyada sobre la mesa, con el culo en pompa, se dejaba lamer y acariciar.

«No puedo», volvió a mentir, «me oiría. Qué vergüenza. Pero dime, ¿qué cosas son esas que ningún hombre podría hacerme y tú sí?». Clara iba leyéndome el diálogo. Yo ya no intervenía, estaba extasiado tras ella. Cuando ya no pude más, le pedí que la llamara y que le dijese que me había ido a la ducha o algo por el estilo. Quería follármela en silencio mientras hablaba con ella. Clara estaba excitadísima. Llevó sus manos a sus glúteos y los separó para que la penetrase.

«No quiero decírtelo, quiero hacértelo. Me estoy masturbando», leyó Clara. «Solo necesito oír tu voz. Llámame, por favor, quiero correrme contigo».

—¡Llámala! —gruñí mientras me abría paso en su vagina poco a poco, con movimientos lentos, dejando tiempo antes de penetrarla por completo. Quería que Clara la sintiese entera dentro de sí solo cuando hubiese llamado al fin.

—Hola —dijo Clara con voz temblorosa cuando Carmen descolgó al otro lado—. Mi marido se ha ido a la ducha —mintió una vez más.

Puso el manos libres y pude oír su voz. Yo respiraba quedo mientras seguía profundizando en mi amado coño. Carmen tenía una voz ardiente y sensual, o al menos eso me parecía a mí en aquel momento de excitación irrenunciable. Clara trataba de disimular la excitación, pero no podía. Leves suspiros y palabras anormalmente alargadas la delataban.

—¿Te estás tocando? —preguntó ella sin tapujos—. Te oigo respirar, me estás poniendo a mil —continuó—. Yo estoy a punto de correrme. Te espero, quiero que nos corramos juntas.

—¡Espérame! —exclamó Clara—. Yo también estoy a punto.

Seguimos los tres jadeando, aunque yo debía disimular. No sé quién estaba más excitado de todos, pero seguramente yo. Imaginarme a aquella mujer, que solo conocía por unos selfis de Facebook, masturbándose con la voz de mi mujer me estaba volviendo loco.

Del otro lado del teléfono venía una respiración cada vez más acelerada. Leves «sí, sí» se escuchaban entre los acalorados gemidos. Carmen dio rienda suelta a su imaginación y exclamó fuera de sí.

—¡Quiero follarte, quiero follarte!

Clara ya no disimuló más y se dejó llevar. Mis embestidas eran cada vez más fuertes y era evidente que se iba a correr enseguida.

—¡Quiero que me folles! ¡Córrete! ¡Córrete conmigo! —gritó Clara.

Y un sonido prolongado y gutural vino desde el otro lado de la línea. Nos corrimos los tres a la vez. Casi me ahogo acallando mis gemidos.

Me alejé en cuanto terminé para poder jadear sin ser escuchado. Desde la escasa distancia que tomé, podía ver mi semen deslizarse por las piernas de Clara.

La conversación entre ellas continuó. Carmen no paraba de decir que necesitaba verla, que quería saborearla. Le decía que no se engañase, que sabía que tenía tantas ganas como ella, que no podían dejarlo pasar.

—De acuerdo —dijo de pronto Clara—, ¿cuándo y dónde?

Mientras decía esto esparcía con su mano mi semen por su vagina sin dejar de jadear.

—Yo también necesito verte —continuó Clara—. Quiero que me hagas el amor. Quiero sentir tu cuerpo, saborearlo y que saborees el mío.

No sabré nunca si Clara estaba actuando o si realmente estaba así de excitada por llegar a verla. Yo

contemplaba la escena sin dejar de mover la mano a lo largo de mi sexo exhausto y menguante. Hubiese podido volver a empezar de nuevo sin problemas a pesar de haberme corrido ya dos veces en apenas una hora. No veía el momento de verlas juntas. El surtido de imágenes que venían a mi mente con ellas dos retozando sobre mi pene, mi boca, sus bocas, sus sexos, nuestros cuerpos, todo, me hacía enloquecer.

Necesitaba hacerlo. Tenía que follármelas, pero no sabía aún si ella estaría de acuerdo. Pensé incluso que, si no estaba de acuerdo, me conformaría con verlas amarse estando yo escondido, masturbándome como un mono, mientras mi mujer se arrojaba a los brazos de aquella ninfómana de carnes generosas y labios carnosos.

Carmen y Clara siguieron hablando entre jadeos que se iban apagando y sin dejar de tocarse, al menos mi mujer. Arreglaron una cita para ese mismo fin de semana.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

—Tú, no sé. Yo, follármela —respondió con un descaro inusitado.

Se le estaba pegando el desparpajo de la otra y todavía no se habían tocado. No sé por qué, pero esta respuesta me sacó de mis casillas. Con mi miembro aún en la mano, que hasta ese momento había seguido menguando y que ahora volvía a su más esplendoroso estado, supliqué que no me dejase a un lado.

Clara contempló con curiosidad mi nueva erección.

—¿Otra vez? Pues sí que te excitan los coños —rio—. Ven aquí —me dijo, extendiendo su mano hacia mi nueva erección—, que me habéis puesto burrísima entre los dos.

Mientras acariciaba cuidadosamente mi sexo, comenzó a susurrarme al oído las fantasías que le suscitaba la situación, las ganas que tenía de verme con ellas. De sentir mi polla dentro de sí, mientras Carmen le hacía volar. De mi polla en su culo ante los ojos envidiosos de ella, que no la disfrutaría en ese lugar, porque solo su culo podía hacer tal cosa. Y como si de un anticipo se tratase, y después de llenarme la polla de saliva, se la introdujo en el culo pidiéndome que le diese duro, sin miramientos.

Allí, de pie, otra vez tras ella, que esta vez se apoyó sobre el respaldo del sofá, la emprendí a rabiosos empujones mientras le tiraba del pelo. Ella entretanto se masturbaba y gemía. Cuando estaba a punto de correrse gritó:

—¡Cómetelo!

Sin duda, se estaba imaginado a Carmen recibiendo su orgasmo en la boca mientras yo la sodomizaba.

Me volví a correr. Al principio me temblaron y después me fallaron las piernas, y caí al suelo desfallecido. No podía más. Clara se echó en el suelo junto a mí y, abrazados, nos quedamos dormidos sobre la alfombra.